

EL REINADO DE UN TUERTO.

(Continuacion.)

— ¡ Ah, ya! exclamaron el maestro, el cura y otros con gran desencanto al oír esta explicacion.

— Eso, añadió el maestro, verdaderamente cualquiera lo hace sin ser sabio ni mucho ménos, porque para hacerlo sólo se necesita saberlo.

— Para saber á qué época y á qué orden arquitectónico pertenece un edificio, sólo se necesita estudiar un poco un tratadito de arqueología arquitectónica, que se vende en todas las librerías.

— Ciertamente que no se necesita ser sabio para eso; pero dígame V. si no se necesita serlo para leer de corrido, como V. leyó ayer tarde, letras que ni el que las escribió las entiende.

— Para leer esas letras y otras más antiguas basta estudiar un tratado de paleografía y adquirir un poco de práctica en tal lectura.

— Hay que convenir en que tampoco se necesita ser sabio para eso.

— Pues ahora verán ustedes que no hace falta una memoria prodigiosa ni una sabiduría consumada para retener casi instantáneamente los nombres que yo retuve anoche y conservaré en la memoria aunque sea años enteros.

— Permítame V., D. Antonio, decirle que eso ya es otra cosa, replicó el maestro.

— Yo le probaré á V. que ni aún se necesita saber leer para hacer lo que yo hice y muchísimo más.

Se toma mentalmente cierto número de *localidades* que á uno le sean familiares, y en el momento de oír el nombre ó la idea que se quiere retener, se relaciona con una de aquellas localidades por medio de una operacion, tambien mental, instan-

tánea, y el nombre ó la idea queda fijo en la memoria.

—Eso, D. Antonio, está bastante oscuro, y es menester que V. lo aclare un poco para que lo entendamos.

—Pues veré de aclararlo prácticamente. Cuanto más extravagante sea la relacion que uno establece mentalmente entre la localidad y la idea, mejor se fija ésta en la memoria. Las localidades que yo uso para estas operaciones nemotécnicas son los edificios que en el pueblo de mi naturaleza se extienden á una y otra orilla de la carretera. Vean ustedes cómo nemotecnicé anoche los nombres que V. me leyó, y cómo he hecho muchas veces análoga operacion con discursos ó libros enteros, concretando y resumiendo en una sola palabra ó frase largos períodos ó capítulos.

Cristo, una casa (la primera, pues se sigue el orden correlativo) donde vive uno que es capaz de engañar á Cristo padre con su fingida piedad y hombría de bien; Júdas, una donde vive uno que ha pertenecido á todos los partidos y los ha vendido á todos; Saturno, una donde vivia una mujer que se comia sus hijos á besos; Santiago, una en que vive un hombre muy batallador en los tribunales, de donde siempre vuelve en caballo blanco; Napoleon, una donde me contaron el embuste de que antiguamente los carabineros no registraban los equipajes si se les deslizaba un napoleon en la mano; Pío IX, una donde vive (con mucho disgusto de un vecino suyo, que se va calzando toda su hacienda) un anciano

tan venerable por su santidad como por la dignidad y entereza de su carácter; Zoilo, una donde me mordió un perro furioso porque no podia hacer las habilidades que hacia yo; Garibaldi, una donde vivia un chico que se rompió una pierna y quedó cojo para toda la vida por revoltoso; Verdi, una donde vivia un hombre que habia hecho mucho ruido en el mundo; María Santísima, la iglesia parroquial de esta advocacion; Mahoma, la casa de uno que hablaba mal de los cerdos y comia tocino aunque fuera en viérnes santo; el Bobo de Coria, la de uno que creia en el patriotismo y desinterés de los políticos de oficio; Cervántes, una en que tenian un devocionario titulado *El libro de oro*; Víctor-Hugo, la de uno que de tanto talento como tenía se habia vuelto tonto; el Rey que rabió, la de un tal Reyes, tan cascarrabias como D. Pedro el Cruel; Perico el de los Palotes, la escuela donde aprendí á hacerlos; Maricastaña, la de una tal Mari que tenía el pelo castaño; el Moro Muza, la de uno que habia tarifado con su mujer; el Cid, la de un tal Gallina, y la tia Marizápalos, la de una vieja que, como sabía mucho, la tenian por bruja los que no sabian nada.

— ¡Bah, bah, bah! exclamó el maestro al oír esto. ¿Qué mérito tiene eso? Ninguno.

—¿Por qué? ¿Acaso le parece á usted que es ineficaz este medio para ayudar la memoria?

—Nada de eso; es eficacísimo, pero es una vulgaridad.

—¿Porque es sencillo?

—Justo; porque es tan sencillo que no vale nada.

—Tiene razon el maestro, asintieron el cura y los demas vecinos, que, como el maestro, creian sin duda que yo me valia de medios sobrenaturales para hacer lo que tanta admiracion les habia causado.

—Veo que se van ustedes convenciendo de que toda mi sabiduría no vale un comino.

—Tanto como eso no, D. Antonio, porque mire V. que lo de encontrar una porcion de noticias históricas donde nosotros no encontramos ninguna, y lo de saber las aguas que son buenas ó malas, así, de repente, y sin informarse de nadie, tiene un par de perendengues!

—Pues ahora verán ustedes que tampoco el saber eso tiene mérito alguno. Señor cura, hágame V. el favor de enviar por el libro de fábrica.

El señor cura envió á Ramon por el libro, que trajo inmediatamente, y yo me puse á hojear aquel voluminoso infólio diciendo:

—Sería pesadísimo é inútil que yo fuese señalando á ustedes todos los datos que me suministraron la multitud de noticias que recogí ayer en este libro. Como suele decirse que para muestra basta un boton, oigan ustedes lo que dice aquí el mayordomo de fábrica al dar su cuenta de cargo y data:

«Item, es cargo el importe de diez cargas de carbon que produjo el castaño llamado de las campanas, que se derribó por no servir ya.....»

»Item, es data el coste de un celemín de tierra de la pieza llamada de Traslalglesia, que se compró para ensanchar otro tanto el solar de la iglesia nueva.....»

»Item, es data lo que costaron veinte colmenas para duplicar las de la iglesia antigua.....»

¿Qué ven ustedes en estas partidas?

—Haga V. cuenta que nada, contestó el maestro y repitieron los demas circunstantes.

—Pues en la primera veo yo que las campanas de la iglesia antigua estaban pendientes de un enorme castaño, y cuando la iglesia se reedificó, se derribó y redujo á carbon el castaño, por no necesitársele ya para campanario. En la segunda partida veo que la iglesia vieja era la mitad más pequeña que la nueva, supuesto que se ensanchó otro tanto el solar. Y en la tercera partida, veo que tanto la iglesia vieja como la nueva, tenían colmenar propio, y que las colmenas de la primera eran veinte y las de la segunda cuarenta, supuesto que se compraron veinte para duplicar el colmenar antiguo.....»

—¿Tiene V. razon, hombre! exclamaron todos. Pero, hombre, añadió el maestro, ¿dónde tendríamos nosotros el entendimiento que no habíamos caido en eso, cuando está más claro que el sol?

—Pues tan claras como esto están en este libro las demas noticias que yo recogí ayer. Me parece que ya no les quedará á ustedes duda de que nada tengo de sabio.

— Hombre, es verdad, pero lo que es listo como un demontre lo es V., porque lo de las aguas no lo adivina ningun tonto

— Lo de las aguas es cosa tan al alcance del más lerdo como todo lo demas que tanto habia admirado á ustedes. Allá en el siglo pasado descubrió un químico inglés, apellidado Klarke, que el jabon comun tenía la propiedad de neutralizar las sales térreas en disolucion que contiene toda agua en el estado natural. El químico inglés se contentó con hacer este descubrimiento, y no hizo aplicacion alguna de él.

Está reconocido por la higiene que las aguas potables son tanto más saludables cuanto más delgadas son, ó lo que es lo mismo, cuanto ménos cantidad de sales térreas en disolucion contienen. El agua destilada no contiene ninguna, pero es nociva,

porque le falta el aire, de que no carece, en mayor ó menor cantidad, el agua natural, y de que necesita tambien toda agua para no ser indigesta.

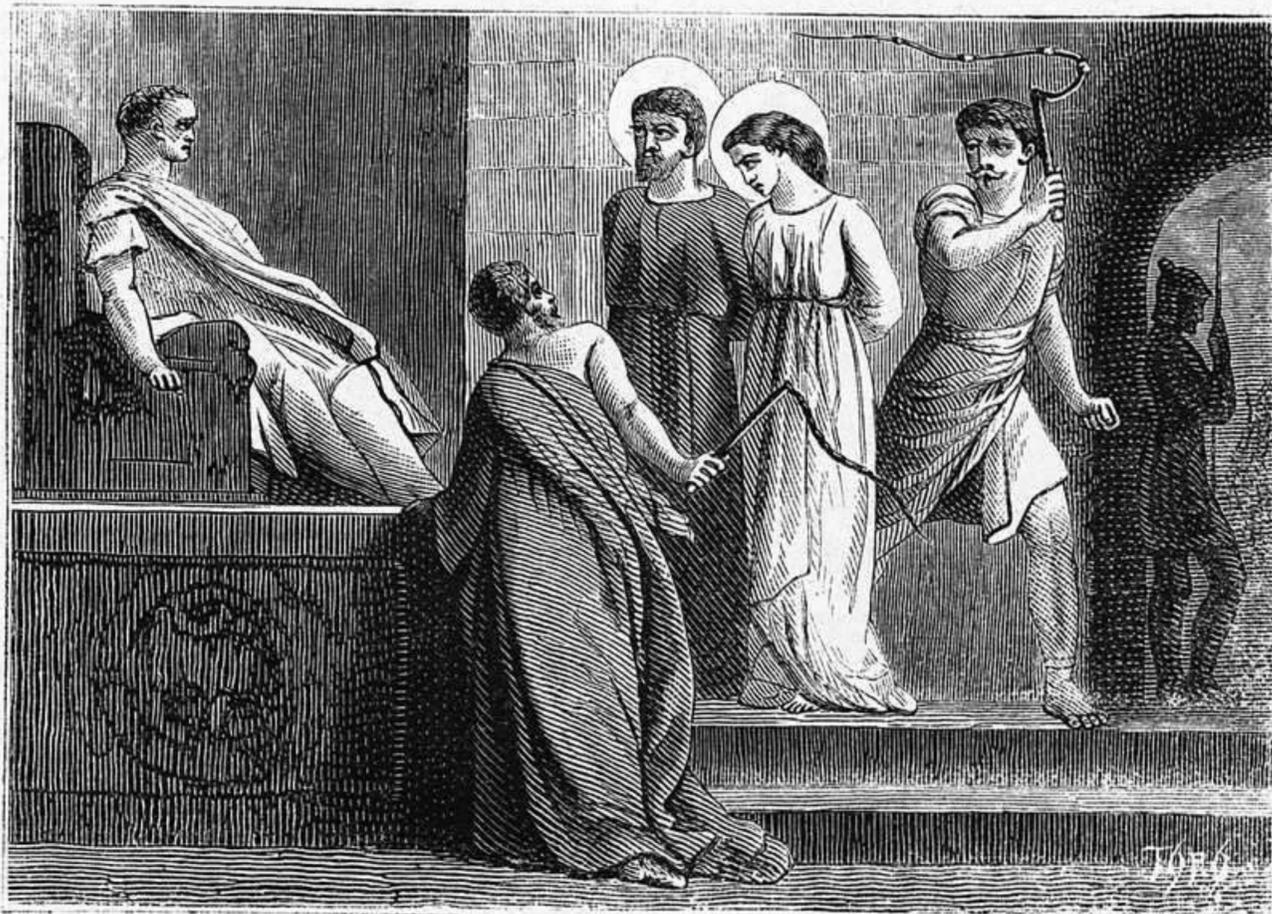
A mediados de este siglo, dos químicos franceses, padre é hijo, apellidados, si no me equivoco, Burtron, se apoderaron del descubrimiento de Klarke, le estudiaron, le aplicaron al reconocimiento de las aguas potables, y presentaron á la Academia de Ciencias una Memoria exponiendo el resultado de sus estudios en tan importante asunto. La Academia encontró curiosa y utilísima la *hidro-trimetría* (cuyo nombre, que significa medida del agua, dieron los químicos franceses á su aplicacion de la tintura jabonosa), y recompensó con una medalla de oro á sus autores.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.



CAPUZ



SAN CIPRIANO Y SANTA JUSTINA, MÁRTIRES.

(26 DE SETIEMBRE.)

Los padres de San Cipriano, extraordinariamente supersticiosos, le entregaron al demonio desde su infancia, haciéndole educar en todos los impíos misterios del paganismo, así como en la ciencia astrológica y en la magia. Con el auxilio de sus conocimientos, se entregó á toda clase de crímenes y á blasfemar contra la religion cristiana. En Antioquía habitaba una jóven doncella, no ménos distinguida por su nacimiento que por sus raras cualidades, y que habia tenido la dicha de conocer á Jesucristo, áun cuando sus padres eran idólatras. Su conversion fué seguida de la de su familia. Un jóven, llamado Agladio, de religion pagana,

concibió por ella una violenta pasion, y convencido de que todos sus esfuerzos para que fuera correspondido eran inútiles, rogó á Cipriano que le ayudase con su ciencia. El mago nada pudo conseguir á pesar de sus recursos, y el demonio mismo se declaró vencido. Cipriano entónces, tocado en el corazon, abandonó su arte infernal y se convirtió á la fe de Jesucristo, lo mismo que Agladio, recibiendo el bautismo.

El juez hizo acudir á su presencia á Cipriano y Justina, mandó azotarles el rostro y desgarrarles las carnes á latigazos, y les arrojó á una caldera de agua hirviendo, donde entregaron el alma á Dios, en Nico-

media, hácia el año de 304. Un cristiano, llamado Theotista, que habló á Cipriano cuando se encaminaba al

suplicio, fué decapitado. Algunas personas de Roma llevaron á esta ciudad las reliquias de los santos mártires.

LA HISTORIA DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

LOS ÁRABES ESPAÑOLES.

XXIII.

Veamos ahora cuáles habian sido los adelantos ó pérdidas de los sarracenos durante los primeros años de su irrupcion en España. La ciudad de Córdoba, las de Sevilla, Mérida y Toledo, cayeron pronto bajo el poder de los sarracenos. Marcharon adelante, y Zaragoza vió tambien enarbolado en sus murallas el pendon del islamismo. Calahorra, Tarazona, Huesca, Lérida, Barcelona, Gerona y hasta Rosas, casi al pié de los montes Pirineos, todas obedecieron al vencedor. Pero si desde un principio gobernaron la España valís, emires ó vireyes dependientes de los kalifas de Damasco, al cabo de algunos años se fundó un califato independiente en Córdoba.

En esta ciudad fué donde Ayub estableció su córte, y el *divan* ó junta de los caudillos ó jeques, quienes formaban el consejo del gobierno, compuesto principalmente de ancianos. Nada era más respetado entre los árabes que los ancianos, pues el

de más edad solia ser el caudillo de la tribu, no para pelear, sino para aconsejar meramente. Aun hoy dia, el nombre de *jeque* significa anciano y señor. Al mismo Ayub se supone la distribucion de la Península en cuatro grandes divisiones, á saber: Norte, Mediodía, Levante y Poniente; pero se deduce que debió ser con una gran imperfeccion ó irregularidad. Uno de sucesores, El Samah, se interesó mucho por la administracion del Estado, pero tuvo que rechazar al propio tiempo una invasion de francos, y la guerra le distrajo de las ocupaciones de la paz.

Y no fueron, como hemos visto en los capítulos anteriores, indiferentes para los árabes españoles, los continuados ataques que recibian de los cristianos de Astúrias, Navarra, Oviedo, Leon y otras partes. Los califas sucesivos tuvieron que enviar siempre hácia la frontera numerosos cuerpos de tropas para detener los avances de sus enemigos; pero tampoco se vieron libres de luchas civiles dentro mismo del territorio que habitaban.

Así, por ejemplo, contra el califa

Hescham se rebelaron sus dos hermanos Soleiman y Abdalá, en Toledo, y hubo turbulencias en la España oriental. Más preferible era para los cristianos que las guerras civiles de los árabes no termináran, pues distraídos y ocupados con ellas, no podían oponerse á los adelantos de los soldados de Jesucristo.

Al rayar el año 175 de la hégira, dicen los autores arábigos, pregonó Hescham por toda España el llamado el-djihed, ó guerra santa contra los españoles de las montañas. Envió sus proclamas á todas las capitánías; leyéronse en los mimbares ó púlpitos de las mezquitas, y todo musulmán acudió, ya en persona, ya con armas, caballos ó limosnas, á tan importante empresa. Tres ejércitos, animados á competencia por aquel afán que recordaba el fervor de las huestes musulmanas en los primeros tiempos de su religion, se levantaron á su llamamiento. Dió el mando del primero á su hadjeb, el walí Abd-el-Wahed-ben-Mugueith, el del segundo á su yerno Abdalá-ben-Abd-el-Melek-el-Merwan, y marchó el tercero á las órdenes de Yusuf-ben-Bokht-el-Jerasí.

Entraron estas huestes en el Norte de España; una division de treinta y nueve mil hombres anduvo y taló las campiñas de Astorga, de Lugo y la Galicia entera, hacinando

despojos y cautivando rebaños y gentes. Marchó otra columna hácia la España oriental, se encumbró por los riscos hasta los puertos, avasalló á los naturales, y cargó, igualmente, con un sinnúmero de cautivos y rebaños. El año 176 continuaron las correrías por los valles de los montes albaskenses, hasta el interior del país de los francos. Desamparaban los vecindarios sus hogares para guarecerse en las cuevas de las fieras. En 177, Abd-el-Melek-ben-Abd-el-Wahed, asaltó á Gerona y degolló á sus habitantes; cupo la misma suerte á los de Narbona; fué tan matadora la espada musulmana, que sólo Dios puede saber el número de soldados y paisanos que perecieron. Riquísimos fueron los despojos de aquellas ciudades en oro, plata y telas preciosísimas, y el quinto, que correspondió á Hescham, ascendió á más de 45.000 mitkales de oro; y á la llegada de estas riquezas con las plausibles noticias de expedicion tan venturosa, se celebraron en Córdoba sumos regocijos. Dedicó el emir el quinto que le cupo á la construccion de la gran mezquita de Córdoba, y por su órden, el walí Abdalá-ben-Abd-el-Melek-el-Merwan, permaneció en la frontera, nombrándole walí de Zaragoza.—Así cuentan los árabes sus propias hazañas.

JANER.





MALAS MAÑAS.

Dice un conocido refran, que quien tiene malas mañas nunca las olvida, y á este propósito viene de molde un cuento.

Un ciudadano tenía tan decidida aficion á la bebida, que la embriaguez habia llegado á ser su natural estado, y tan funesta pasion le habia hecho perder su fortuna y su salud. Su esposa, que deseaba corregirle, trató de darle un susto para ello, y una noche en que nuestro hombre dormia su borrachera, le colocó en un ataúd, rodeado por hachones, y cubriéndose con un manto negro, esperó á que su marido despertára. Cuando los vapores del vino se fue-

ron disipando, nuestro ciudadano abrió los ojos y estuvo á punto de morir de véras.

—¿Dónde estoy? preguntó.

—¡En el infierno! le contestó su mujer fingiendo la voz: has muerto de una borrachera.

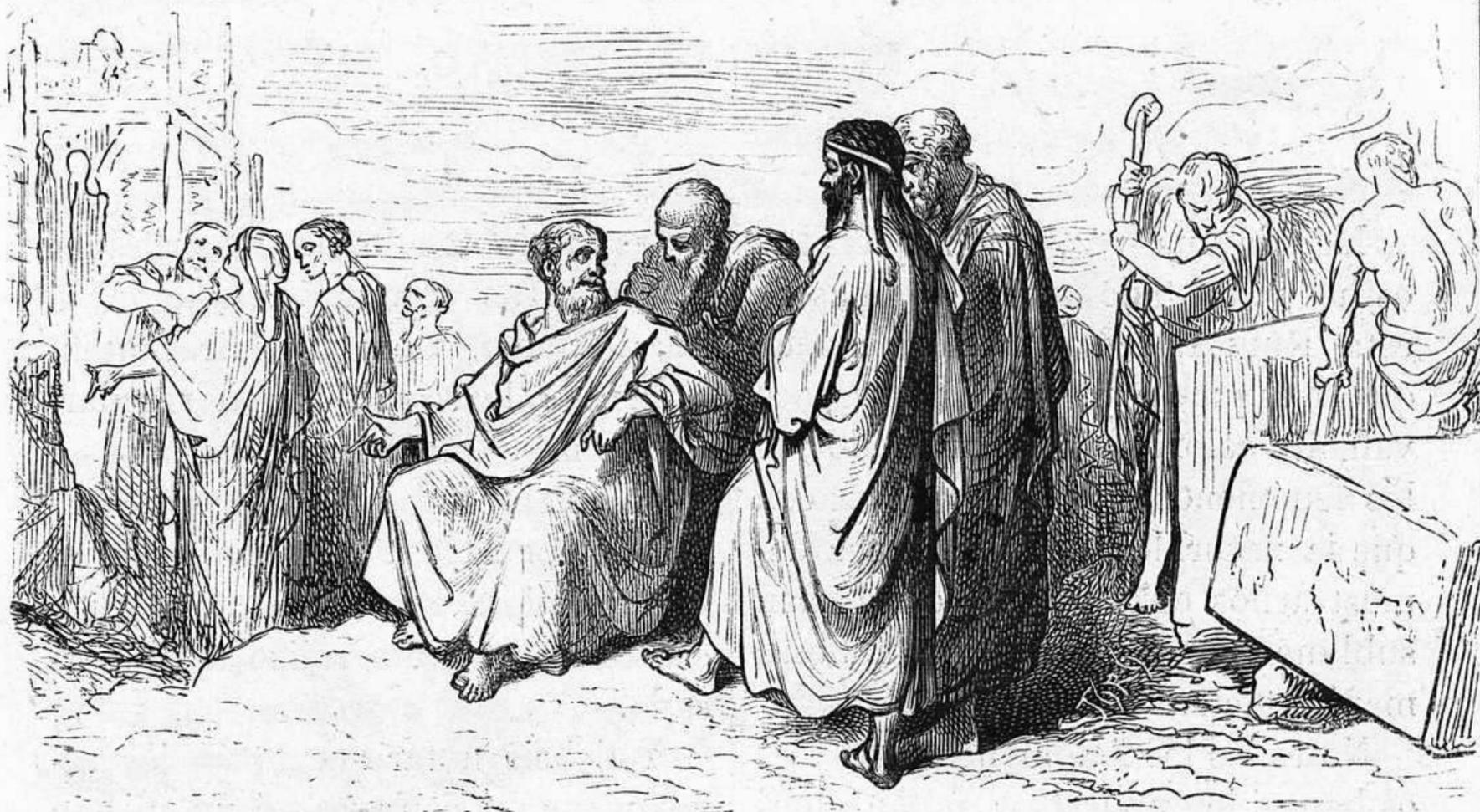
—¿Y tú, quién eres?

—La portera y encargada de dar de comer á los condenados.

Y la mujer se adelantó hácia su marido, llevando en la mano una taza de caldo. El borracho, que se habia incorporado ún poco y visto aquél brevaje, dijo, volviendo á recostarse:

—¿No podrias darme unas copas de aguardiente?...





VERDADERA SABIDURÍA.

Sócrates es uno de los sabios de la antigüedad, cuya modestia y templanza en las discusiones deben servir siempre de norma á toda persona juiciosa. Cuando los sofistas se preciaban de que su razon era infalible, Sócrates les recordaba sus muchos errores; cuando todos pretendian enseñar con sus doctrinas, él lo hacia con su ejemplo; cuando otros creian producir ideas, él manifestaba con franqueza que no sabía más que recordar. Sin consignar principios generales ni establecer teorías filosóficas, tan de moda en su época, se dirigia á sus oyentes haciéndoles alguna pregunta; segun era la contestacion, seguia preguntando, excitando y dirigiendo la reflexion de su discípulo, hasta que le conducia á la

verdad deseada, con lo cual conseguia que el amor propio no se sintiera humillado recibiendo doctrinas ajenas, y ántes por el contrario, que todos sintieran la complacencia de creer que las verdades aprendidas le eran conocidas ya. Al disputar con los sofistas, que creian saberlo todo, y se adelantaban á exponer y desarrollar sus teorías, Sócrates escuchaba, sabía apoderarse de todos los puntos flacos, y les vencia con una palabra, un ejemplo, ó una pregunta oportuna.

—¿Qué sabes tú, que tanto desprecias el saber ajeno? le preguntaron.

—Sólo una cosa.

—Dínos cuál.

—Sólo sé, que no sé nada.

LA AURORA BOREAL.

Más de una vez, niños queridos, os he presentado en las páginas de esta REVISTA cuadros diversos en que, aunque de pobre pincel y poco valiente colorido, habeis podido ver los fenómenos más importantes con que la naturaleza parece querer demostrarnos cuán grande es, y cuán sublime á veces, en sus grandiosas manifestaciones.

No todos los fenómenos naturales os han sido expuestos; faltan algunos, que podrán tal vez algun dia aparecer.

Y aparece hoy uno: sí, queridísimos lectores; quisiera admirárais conmigo una magnífica aurora, que parece iluminar grandiosamente una gran parte de nuestro horizonte.

Aunque la luz del dia ha sido absorbida por las tinieblas de la noche, aunque ésta nos envuelve con su negro manto, no creo tengais cuidado en acompañarme á presenciar el espectáculo en sitio á propósito, en campo abierto, donde no haya obstáculos que interrumpir puedan nuestra vista, que á ocultaros vinieran el grandioso espectáculo de que podemos gozar.

Es grandioso, sí: el cielo parece envuelto en llama, rojiza tan pronto, tan pronto blanquecina.

Venís conmigo, ¿no es verdad?

— Sí, sí; corramos pronto.

— Ved cómo allí se distinguen rá-

fagas luminosas de un tinte rosado: el fenómeno empieza, sin duda, á manifestarse. Debemos mirar atentamente; los cambios son regularmente muy frecuentes y variados.

¿No veis?

El color de los rayos luminosos va acentuándose lentamente; ya parecen tener un tinte rojizo más marcado.

Y debeis notar que todos los rayos vienen á convergir á un mismo punto; éste debe estar muy elevado; las auroras boreales alcanzan elevacion muy grande; se ven á veces en una mitad de nuestro planeta: más de una ocasion América y Europa han gozado á la vez del mismo fenómeno.

Por esto hay quien supone que no es en nuestra atmósfera donde las auroras tienen lugar; aunque, divididas las opiniones, no falta quien suponga que en ella se verifican.

Pero os distraigo: ahora debemos mirar, despues podrémos hablar largamente sobre las causas de lo que vemos.

¿No os maravilla ver las diversas tintas, los varios matices que toman los rayos luminosos?

Mirad allí al Norte: inmensa colgadura, con magníficos pliegues, parece presentarse. Ya los rayos son azulados, ya blanquecinos de brillante color.

¡Cuánta magnificencia!

Es magnífico, sí: tal vez la naturaleza no nos presente espectáculo tan grandioso: gocemos, pues, de él; no perdamos un solo momento, para que ni una sola de las múltiples fases del fenómeno pueda pasar desapercibida.

Los rayos luminosos adquieren fuerza y vigor notables; allí, por el Este, preséntase sábana inmensa de rojizo color.

¿No veis cómo dos rayos parecen de ella destacarse?

El uno va en una dirección, lleva el otro la opuesta. Y más al Norte, rayos muy poco perceptibles forman como un segmento oscurecido sobre el fondo luminoso: sobre él hay como una nube verdosa; ésta se disipa hasta convertirse en bellísimo color blanco.

¡Cuántos colores; cuánta belleza!

Seguramente habeis hecho perfectamente en venir conmigo á presenciar el metéoro: merece lo que veis la molestia que os habeis tomado, el miedo que pudiera haber os causado la oscuridad de la noche.

Mas ¿qué puede el miedo cuando el alma se eleva ante lo grandioso y lo sublime?

Miremos otra vez: los colores son ménos intensos, el fenómeno debe terminar pronto.

Las bandas, los rayos rojizos desaparecen lentamente; la nube verdosa también se disipa; ya sólo queda un tinte rojo que se desvanece poco á poco; ya apenas si se distingue una débil claridad de rosado color.

La oscuridad nos envuelve, ¡ah! queridos niños; ahora sí que es terrible vernos envueltos en las tinieblas de la noche: silencio, silencio nada más por todas partes: huyamos de la oscuridad, busquemos la luz para tratar del fenómeno que vosotros y yo hemos presenciado.

Áun existe en vuestra alma la admiración natural que en vosotros ha causado la aurora: es, pues, la presente la mejor ocasión para tratar de ella.

Empezarémos por averiguar la causa del fenómeno.

Pero esto es muy difícil; la ciencia no ha dicho sobre este asunto su última palabra, y yo no puedo decir, por lo tanto, más que la última palabra de la ciencia.

¿Quereis oirla?

Escuchad, pues.

La aurora boreal es, segun la opinion más admitida, el resultado de una inmensa tempestad eléctrica que se desenvuelve á prodigiosa altura sobre nuestra atmósfera. Muchos sabios opinan así, y para apoyar su teoría se fundan, queridos niños, en un hecho que da á su opinion valor notable.

Existe hoy un instrumento dedicado al exámen de la luz, y por lo tanto aplicado á la astronomía, que permite apreciar las materias que entran en la composición, no sólo de los cuerpos que alimentan una llama cualquiera, sino hasta de los astros que pueblan el espacio infinito: el espectróscopo no denuncia, al observar las auroras boreales, las rayas

características de los gases que componen nuestro aire: en esto y en otras razones fundan algunos su teoría, sosteniendo, que fuera de los límites de nuestra atmósfera tiene lugar el magnífico fenómeno que hoy hemos presenciado.

Siendo así, los rayos luminosos de la aurora no serian sino el resultado en el espacio muy rarificado de la recomposicion de las dos electricidades positiva y negativa, resultado que se traduciria, amadísimos lectores, por esa inmensa centella ó chispa eléctrica ó magnética que espectáculo tan soberbio presenta. Otra opinion hay que busca en el sol la causa de nuestras auroras boreales: segun ella, el metéoro sería debido á la electricidad solar producida por esas erupciones del astro del dia que se distinguen en las protuberancias y que llegaria hasta los límites de nuestra atmósfera, encontrando á la electricidad terrestre, y dando lugar á esa luz grandiosa, que no sería otra cosa que el relámpago inmenso de aquella inmensa tempestad, así como tenemos nosotros en nuestras borrascas lo que, comparado con las auroras, no podria llamarse sino chispa imperceptible.

Muy recientemente, un sabio frances ha querido relacionar las auroras con la fuerza repulsiva que parece ejerce el rey de nuestro sistema planetario sobre los gases. excesivamente poco densos que constituyen ó forman á los cometas, suponiendo que nuestra atmósfera, que debe alcanzar una altura mucho mayor que

la que generalmente se la concede, sufre esa influencia en sus capas superiores, produciendo corrientes que llegan en los polos á alcanzar el límite del aire, chocando con las moléculas gaseosas fijas, y produciendo luz.

La explicacion de esta última teoría es poco á propósito para vuestras inteligencias: hé aquí por qué yo no seguiré en este punto, que basta con lo dicho, y tal vez sobra, por la elevacion propia de la materia que se trata y os presento.

Las auroras boreales presentan formas tan diversas, que no es posible describiros una como más ó menos probable, como más ó menos constante: sea, pues, lo dicho suficiente para que admireis el fenómeno si ante vuestra vista se presenta, para que no lo dejeis pasar desapercibido como si nada valiera, ó belleza no encerrára al manifestarse en su imponente majestad.

Al presentaros los fenómenos más notables, los grandes fenómenos de la naturaleza, he debido describiros las auroras boreales. Conociais la lluvia y el arco íris, las nubes y los vientos; la atmósfera tambien os he descrito, y no podian pasar desapercibidas las auroras.

Al presentároslas, podia haberos dicho de ellas cualquier cosa; he querido, sin embargo, daros una idea de lo que más recientemente se ha dicho sobre el asunto: si es algo elevado, culpa es de la materia que os presento, que no siempre puede la ciencia hacerse tan fácil y sencilla

como os la he expuesto aquí más de una vez.

Ya sabeis algo de las auroras boreales; ya habeis presenciado el grandioso, el sublime espectáculo que ellas nos presentan; baste por hoy lo dicho, y descanse mi pluma hasta otro día en que otro de los grandes cuadros

de la naturaleza pueda presentaros.

Que lo hará, podeis descuidar, si Dios le concede vida, el que ántes de ahora se ha complacido en llamaros sus amiguitos, y hoy termina aquí estos renglones, firmando, como siempre, su humilde trabajito,

E. THULLIER.

UNA CRUZADA INFANTIL.

—Tío Anselmo, hemos oído decir que algunas personas piadosas se reunían para emprender juntas el viaje, ó más bien la peregrinación á la Tierra Santa.

—¿Y no os trae á la memoria eso todo un órden de sucesos, que figura notablemente en la historia del mundo cristiano?

—Las Cruzadas, ¿no es verdad, tío Anselmo?

—Sí; las Cruzadas que, como recordaréis, acaso tuvieron origen en las dificultades que encontraban los peregrinos cuando querían visitar la tumba del Salvador, así como las persecuciones ejercidas por los infieles contra los cristianos residentes en Palestina. Y puesto que hemos evocado el recuerdo de tan devotas empresas, quiero señalar una, de que es dudoso que hayais oído hablar.

Nunca se ha llegado á un acuerdo respecto al número de las Cruzadas, y es que para ello sería preciso consignar que sólo hubo una, que duró

cerca de dos siglos; pues si en dicho período hubo fases más ó menos evidentes, sería casi imposible fijar la hora en que el movimiento se suspendió por completo.

Muchas veces, en vez de ejércitos, eran grupos sencillos de hombres que atravesaban la Europa para ir á medirse con los infieles, y en vez de flotas eran algunos malos barcos los que navegaban hácia Palestina..... ¿Esperaban estos pequeños grupos realizar la conquista que no lograban masas considerables? No tal; sólo querían debilitar á los enemigos de la fe, muriendo para lograrlo. Marchaban, y no volvían: todo había desaparecido á tan larga distancia... Pero como la recompensa no podía recibirse en la tierra, poco importaba el recuerdo de los hombres: Dios conocería á los que se habían sacrificado por su causa.

He encontrado la memoria de una de estas Cruzadas, no referida en la Historia, en dos viejas crónicas latinas, casi olvidadas, del siglo xv.

Vais á juzgar si merecia semejante olvido.

En el año de 1212; y en las cercanías de Vendôme, un muchacho, llamado Nicolás, se colocó una cruz sobre el vestido y persuadió á los niños del país de que debian reunirse para ir á libertar á Jerusalem. Sus exhortaciones fueron escuchadas hasta el punto de que, en breves dias, se encontró á la cabeza de una gran multitud de niños, y se convino la marcha.

Muchos padres, enterados del propósito, trataron de hacerles desistir, y viendo la tenacidad de sus hijos, los encerraron; pero éstos lograron evadirse.

Habian oido decir que los cruzados se embarcaban en el mar, preguntaron dónde estaba éste, y emprendieron su viaje hácia el Mediodía.

Asegúrase tambien que les habian dicho que en el año aquel habria una sequía tan grande, que no tendrian que hacer sino seguir el lecho árido de las aguas para llegar á Palestina.

Y ellos avanzaban, propagando el entusiasmo á su paso. En cada pueblo ó aldea por que pasaban, les preguntaban el objeto de su viaje, y ¡Vamos á Jerusalem! respondian con exaltacion. ¡Vamos á libertar el sepulcro de Jesucristo!

Cantaban: « ¡ Señor, Jesus, dadnos vuestra cruz! »

Los fieles pensaban que Jesucristo haria brillar su divino poder, confundiendo el orgullo de los poderosos y de los grandes capitanes, y

confiando su causa á unos débiles niños.

Las familias lograban con gran dificultad contener á éstos, que querian reunirse á los expedicionarios.

Diariamente aumentaba y se hacia más imponente aquella muchedumbre, afirmándose que al llegar á la Provenza constaba de diez á doce mil niños: una crónica hace subir su número á treinta mil.

Allí se dividió, á lo que parece, y una parte marchó á Italia, donde exclamó el Papa Inocencio III, que en vano habia querido reanimar más de una vez el celo de los hombres: ¡ Ahí teneis á la infancia, que nos da el ejemplo, mientras nosotros dormimos!... Y añádese que, convencido de que aquellos niños marchaban á su perdicion, les aconsejó paternalmente que se volvieran con sus familias hasta crecer en edad y poder intentar entónces con probabilidad de buen éxito, la piadosa empresa, por cuya idea les felicitó.

Una parte de los cruzados siguió el consejo, y algunos debieron tambien perecer por las fatigas y privaciones.

En cuanto á los otros, llegaron á Marsella, habiéndose confundido entre los mismos algunos desalmados que, aprovechando la confianza de su tierna edad, procuraban despojarles de sus recursos, y debieron influir en la funesta aventura que les estaba reservada.

Como persistiesen en embarcarse, encontraron á dos hombres que, fingiéndose animados de igual fervor

que ellos, les ofrecieron trasportarlos en sus buques, sin más premio que el placer de servir á Dios. En tales condiciones, el contrato era bien fácil, y aquellos dos hombres, llamados Porco y Ferré, facilitaron siete barcos, en los que subieron los niños, dándose á la vela. Tres dias despues, y en aguas de Cerdeña, una horrible tempestad hizo que se perdieran completamente dos buques delante de Cagliari.

La tradicion refiere que, habiendo lanzado el mar á la costa los cadáveres de muchos de aquellos niños, el Papa dispuso que se enterráran en un templo fundado por él, y que se llamó de *Los nuevos inocentes*. En el siglo xv se enseñaba dicho templo á los extranjeros.

Los otros cinco buques pudieron seguir su camino, y llegaron á las costas de Egipto: anclaron en Alejandría, y Porco y Ferré hicieron desembarcar á los cruzados para llevarles al mercado y venderlos como esclavos, recibiendo por su traicion buen dinero contante de los príncipes y comerciantes sarracenos.

Un sólo Kalifa que anteriormente habia residido en Francia, compró cuatrocientos de aquellos desgraciados niños, que fueron tratados con una deferencia relativa. Casi todos los demas tuvieron que sufrir de

parte de sus dueños toda clase de malos tratamientos, y muchos perecieron martirizados por no querer abjurar su religion. Doce años despues, un tal Machsmuk, de Alejandría, poseia aún setenta, que ya eran hombres por consiguiente, y que debieron morir en la esclavitud.

Así terminó aquella extraña empresa; pero no olvidemos consignar que los dos hombres, causa de tan desgarrador resultado, no gozaron largo tiempo del fruto de su odiosa traicion.

A su regreso de Egipto estuvieron en Sicilia, donde sus grandes riquezas, sin duda, les permitieron entrar en la intimidad del gobernador de la isla y tramar con él un complot contra la persona ó los derechos de Federico II, rey de Sicilia y emperador de Alemania, el mismo que, acaudillando otra Cruzada quince años despues, habia de alcanzar la entrega de Jerusalem.

La conspiracion fué descubierta, y Porco, Ferré y el gobernador, sufrieron la pena de muerte en horca. No es dudoso que aquella clase de muerte habría parecido al Emperador demasiado dulce, si hubiera conocido la cruel infamia cometida por aquellos dos bandidos contra los inocentes soldados de la fe cristiana.





LA PRIMERA EDAD.

Se publica el día 20 de cada mes, en cuadernos de 32 páginas, con cubierta de color.

Cada cuaderno contendrá una preciosa lámina ó figurin iluminado, á más de los grabados propios del texto, y sin perjuicio de los patrones, acuarelas, modelos de juegos, etc., que con la frecuencia posible recibirán los suscritores.

SUS PRECIOS SON LOS SIGUIENTES :

En España, por un año.	5 pesetas 50 cént.
por seis meses.	3 id.
Números sueltos.	0,50 id.
En las Antillas, América y Filipinas, un año.	5 ps. fs.

Las suscripciones serán por seis meses ó un año.

Todo pedido estará acompañado de su importe, sin cuyo requisito no será atendido.

La Empresa de *La Primera Edad* es la misma que la de Los Niños, cuya administracion se halla establecida en Madrid, en la plaza de Matute, 2.—Tambien admite suscripciones la Administracion de *La Ilustracion Española y Americana* y de *La Moda Elegante Ilustrada*.

ADVERTENCIAS.

La pérdida de una cuartilla hizo que en nuestro último número dejáran de incluirse los nombres de algunos suscritores que habian acertado varios problemas. Eran los siguientes :

D. José Mas y Torroja, de Barcelona, el 13, 15, 18, 25 y 27. —D. Isidoro Escalera, de Vigo, el 24, 25, 26 y 27. —D.^a María Puga, de Cáceres, el 13, 15, 17 y 18 —D. Francisco Ansaldo y Otalora, el 24, 25, 26 y 27. —D. José Borrás y de March, de Reus, el 24. —D. J. Echevarría y Alvarez, de Barcelona, núms. 24, 25, 26 y 27. —D.^a Concepcion Montalvo, de Zaragoza, el 24, 25, 26 y 27.

La dificultad de las comunicaciones es causa de que no recibamos hace tiempo el papel que ántes empleábamos en Los Niños. Por este motivo el de algunos de los últimos números ha sido bastante inferior, con mucho sentimiento nuestro. Hoy ya es mejor, y procuraremos no volver á dar papel que no sea digno de esta publicacion.

MADRID, 1874.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra). Duque de Osuna, 3.